

LIBROS

48

LETRAS LIBRES
DICIEMBRE 2019

Carlos Pardo
• LEJOS DE KAKANIA

Olga Tokarczuk
• LOS ERRANTES

Fernando Savater
• LA PEOR PARTE

Lorenza Mazzetti
• ¿PUEDE PRESTARME
SU PISTOLA, POR FAVOR?

Daniel Mendelsohn
• UNA ODISEA



NOVELA

La aventura de la amistad



Carlos Pardo
LEJOS DE KAKANIA
Cáceres, Periférica,
2019, 496 pp.

JULIO JOSÉ ORDOVÁS

Ya el título, *Lejos de Kakanía*, nos ofrece las dos claves que determinan el carácter de la nueva novela de Carlos Pardo: la ironía, por un lado, y por otro el culturalismo (Kakanía es el sarcástico nombre con el que Musil denominaba al Imperio austrohúngaro en *El hombre sin atributos*). Por si al lector aún le cupiera alguna duda respecto a la avalancha de ironía y culturalismo que se le avecina, los primeros libros que aparecen mencionados, ya en la segunda página, son de Thomas Bernhard, ironista máximo.

De Bernhard aprende Pardo a utilizar la figura y la óptica del narrador engañoso para revisar su vida con

tanta frialdad como distancia, retomando el proyecto novelístico que inició con *Vida de Pablo* y continuó con *El viaje a pie de Jobann Sebastian*, autoficciones que no se caracterizan precisamente por su amabilidad. Tampoco a estas páginas les ha quitado acritud, si bien ha sabido diluirla en un tono zumbón, descarada y declaradamente posmoderno.

Podría decirse que *Lejos de Kakanía* es un libro contra las convenciones. Contra las convenciones de los géneros literarios, en primer lugar. Pardo ensaya en cada parte una técnica distinta y la agota, pero, más que para lucirse, da la sensación de que lo hace para divertirse y motivarse. Pese a su carácter fragmentario y heterogéneo, este es un libro muy pensado, muy calculado y sutilmente urdido en el que se amalgaman géneros muy dispares, desde el diario literario surtido de chismes y maldades para diversión de unos y escarnio de otros, subgénero que Pardo parodia con brillantez, al libro de viajes.

La salida en tren de Madrid, en dirección a Extremadura, con la que comienza la novela me ha hecho recordar al Cela que en otro tiempo se dirigía hacia La Alcarria también desde la estación de Atocha. Las afueras de Madrid, vistas desde la ventanilla de un vagón, siguen siendo igual de desoladoras. Aunque el protagonista, un bicho de ciudad, solo se identifica con los centros comerciales donde pasó la adolescencia, compone unas magníficas postales de las ciudades del sur de España y de las distancias desérticas que las separan de la capital. La parte del viaje iniciático por Centroeuropa es más stendhaliana y nos remite a escritores viajeros como Magris, Brodsky y Sebald, que Pardo homenajea sin sacralizarlos, cuestionando el consumismo turístico en su modalidad de consumismo cultural.

Objeto de burla son también las convenciones poéticas. El poeta a contrapelo que fue y sigue siendo Carlos Pardo se rebela aquí contra la tiranía de las generaciones, que tratan de imponer siempre una visión homogénea de la poesía a través de antologías, críticos, festivales y premios, y lanza sus dardos humorísticos contra la plaga endecasílabica y sentimentaloides que trajo a la poesía española la generación de la experiencia, con la que, sin embargo, él coqueteó en su primer, y muy temprano, libro de poemas. Pardo se mofa de la tendencia a la elevación de los poetas mezclando a conciencia lo sublime y lo escatológico y situando a los jóvenes y arrogantes vates de su generación inexistentes en cuartuchos diversos, donde comparten lecturas, epifanías, chistes, bostezos, pedos, porros, cervezas, embutidos y frustraciones.

También descuartiza Pardo las convenciones sentimentales en la línea más novelesca de la trama: la crónica del derrumbe de su familia, narrada en capítulos que subrayan exageradamente la sordidez del ámbito doméstico y el friquisimo de su parentela, hasta el punto de que parecen episodios de una *sitcom* chungu tipo *Shameless*. Pardo nos quiere hacer creer que el único calor que recibe el narrador engañoso es el que le da su gatita, pero no porque pretenda movernos a compasión sino para reírse de sí mismo tal como se ríe de los demás.

La tercera parte del libro, que es una novela (en verso) dentro de la novela, seguramente tiene su antecedente en un extenso poema narrativo que Pardo publicó en *Los allanadores*. En aquel poema, titulado “Mis problemas con el judaísmo”, Pardo intentó formular su frustrante participación en el 15-M versificando con audacia un relato de ideas.

Estriptis intelectual, pelea de gallos, escarparate de vanidades y de fraternidades volátiles, mascarada tragicómica, juego de simulaciones y de suplantaciones, examen de ingenios, descuartizamiento familiar, reflexión sobre la búsqueda de interlocutor y ensayo poético y narrativo sobre la aventura de la amistad. Tras todo ello, *Lejos de Kakania* se resuelve en un último viaje. El que lleva al protagonista, víctima y verdugo de sí mismo, al pueblo abandonado en el que transcurrió la infancia de su madre para esparcir allí sus cenizas. Añadido en el que certifica con dolor pero sin lágrimas el agotamiento de la amistad que vertebró su juventud y expone sus razones morales y literarias para haber escrito lo que ha escrito y como lo ha escrito, justificándose ante su aún querido amigo, ante los lectores y ante sí mismo. —

JULIO JOSÉ ORDOVÁS es escritor. En 2017 publicó *Paraíso alto* (Anagrama).



NOVELA

Peregrinos sin raíces



Olga Tokarczuk
LOS ERRANTES
Traducción de Agata Orzeszek
Barcelona, Anagrama,
2019, 386 pp.

ZITA ARENILLAS

Cuando la Academia Sueca telefonó a Olga Tokarczuk (Sulechów, Polonia, 1962) para comunicarle que había sido galardonada con el Premio Nobel correspondiente al año 2018, estaba viajando en coche por Alemania, en el tour promocional de la traducción al alemán de *Los libros de Jacob*. Es una curiosa coincidencia, puesto que *Los errantes* es una oda al viaje, al peregrino,

al permanente ir sin regreso: “Lo he intentado muchas veces, pero mis raíces nunca fueron lo suficientemente profundas, y me tumbaba la primera racha de viento. Tampoco he sabido germinar, desprovista de esa capacidad vegetal. [...] Mi energía es generada por el movimiento: el vaivén de los autobuses, el traqueteo de los trenes, el rugido de los motores de avión, el balanceo de los ferrys”, asegura la narradora, que no se corresponde exactamente con la propia autora. En una entrevista publicada en *Literary Hub*, Tokarczuk reconoce que la construyó a partir de su experiencia personal, que hay muchas coincidencias, pero también fingimiento, el propio de la “libertad del escritor”.

Aunque esa es la principal voz narrativa, no es la única. Esta es una novela hecha de fragmentos, de pequeñas reflexiones, anécdotas, incluso breves ensayos sobre el espacio y el tiempo o la psicología del viaje. Pero también se insertan otras historias, a veces contadas por otras voces. Como Tokarczuk, la narradora principal de *Los errantes* estudió psicología, pero abandonó ese camino porque se dio cuenta de que en torno a la psique no se pueden esperar certezas, es demasiado escurridiza. Los puntos de vista son infinitos, no es posible dar una única e inmutable explicación al comportamiento del ser humano. Entonces se hizo escritora.

Existe el síndrome de desintoxicación perseverante, que consiste en que el afectado vuelve una y otra vez a ciertas ideas. Es una variante del síndrome del mundo cruel, que hace que el paciente busque obsesivamente noticias sobre catástrofes. Es el que la narradora dice tener: “La historia de mis viajes es solo la historia de mis dolencias. [...] Mi sintomatología se resume en que me atrae

todo lo defectuoso, imperfecto, roto. Me interesan las formas amorfas, los errores en la obra de la Creación, los callejones sin salida.” A Tokarczuk le han puesto alto el listón al compararla con W. G. Sebald. Ambos salpican sus textos con imágenes; en *Los errantes* solo hay mapas. Si en los libros del alemán hay un interés por la arquitectura, ciertos objetos y la clasificación y estudio del mundo natural (piénsese en las colecciones de Andromeda Lodge que se describen en *Austerlitz*), *Los errantes* está atravesada por la teratología y la fascinación con las *Wunderkammers*, los gabinetes de curiosidades, que visita allá donde va. Esa obsesión por la anatomía tiene su reflejo en los mapas que ilustran algunas páginas, como si se quisieran cartografiar tanto el orbe como el cuerpo: “También creo que el mundo se encuentra en el interior, en un surco del cerebro, en la glándula pineal, en la garganta; ahí está todo el globo terráqueo. En realidad, se podría carraspear y escupirlo.” El paralelismo entre cuerpo y universo estaría marcado por una fecha, 1542, año en el que aparecieron los primeros capítulos de *De revolutionibus orbe coelestium*, de Copérnico, y *De humani corpori fabrica*, de Vesalio.

Algunas de las historias intercaladas están cosidas y unidas por ese hilo conductor. Y son fascinantes. Por ejemplo, una, contada con un tono muy borgiano, tiene como protagonista a Philip Verheyen, el anatomista flamenco que bautizó el tendón de Aquiles. Perdió una pierna y, aquejado del entonces desconocido síndrome del dolor fantasma, dedicó casi toda su vida a analizar, estudiar, diseccionar su propio miembro amputado. Incluso le escribió cartas. El correlato ficcional y contemporáneo de Verheyen está en el doctor Blau: coleccionista de fotos de mujeres desnudas,

de pequeño su amigo invisible era el Gläserner Mensch de Franz Tschackert y es un incansable buscador del mejor método de plastinación. Sus alumnos le pusieron el mote de “Formaldehído”. También están las misivas que Joséphine Soliman supuestamente escribió al emperador de Austria Francisco I. El padre de ella, Angelo Soliman, oriundo de África y negro, llegó a ser preceptor de los príncipes de Liechtenstein y, según se dice en *Los errantes*, a hacerse amigo de Mozart. Cuando murió, sin embargo, fue disecado y expuesto en el Museo de Historia Natural de la capital austriaca. Su hija intentó en vano que el cuerpo le fuera entregado para darle digna sepultura.

Otra de estas historias, titulada igual que el libro, es el clímax de este elogio de la errancia: Ánnushka, madre de un niño enfermo y esposa de un hombre gris y traumatizado, un día no consigue regresar a casa. Hay algo que se lo impide. Cuando ya está casi en el portal, se da la vuelta y se abandona al vaivén de los trenes de Moscú durante varios días. Solo en el movimiento encuentra sosiego. Se junta con una mujer vestida como una cebolla que duerme en un cuarto de calderas, “la bientapada”. Cuando las detienen por un altercado en la calle, esta le dice: “No dejes de moverte.”

Los fragmentos más breves que componen el libro cuentan curiosidades, como que “en una ciudad del Lejano Oriente” los restaurantes vegetarianos están señalados con una esvástica roja, o anécdotas sobre otros viajeros con los que se ha cruzado. Uno le dice que en los hoteles europeos, en lugar de Biblias debería haber libros de Cioran; otra le habla de su proyecto *Informes de la infamia*, recopilación de crímenes contra los animales. Estas breves piezas del

libro son como pausas en los trayectos más largos y de ellas se pueden extraer aforismos, por ejemplo, que el tiempo es “una regla escolar con escala simplificada de apenas tres puntos: fue, es y será”.

Los errantes es una novela hipnótica. También es un canto al viaje, al nomadismo. Y a la escritura como registro de la experiencia: “nos immortalizaremos mutuamente en hojas de papel, nos plastinaremos, nos sumergiremos en el formaldehído de frases”. —

ZITA ARENILLAS es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.



MEMORIAS

Vida de Sara



Fernando Savater
LA PEOR PARTE
Barcelona, Ariel, 2019,
264 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

La peor parte es un libro que da cuenta de la enfermedad, muerte y luto de Sara Torres, *Pelo Cobete*. Pero que sobre todo cuenta la vida de Sara, “del amor de mi vida, del amor en mi vida”, escribe Fernando Savater, el triste, el desdichado.

¿Quién fue Sara Torres? Nació en Gran Canaria y murió en San Sebastián 59 años después. Era muy femenina y muy poco afeminada, sus sobrinos la llamaban Sara Monstruos por su afición a los muñecos. Era valiente y traviesa. Era atractiva, moderna, lista, impertinente. Era radical incluso hasta la violencia, pero no contra los demás sino contra sí misma. Tuvo una infancia difícil, muy pobre, que la llevó a vender flores en Las Ramblas

para pagar sus estudios. Sobre todo le gustaba el cine, verlo, realizarlo, producirlo, promoverlo. Le gustaba jugar frontón, jugaba contra hombres y les ganaba. “Siempre ella misma, inconfundible, mi chica maravilla.” No fumaba, apenas bebía, le gustaba mucho la fruta, la comía todo el día. En sus mudanzas cargaba consigo un viejo piano que nunca nadie le vio abrir. Era culta sin ser pedante. Tenía un habla sabrosa, salpicada de palabrotas. Era incapaz de coquetear, era enérgica y decidida. No podía vivir sin personalizar su entorno, sus casas estaban decoradas con multitud de muñecos de monstruos del cine y la literatura. Compartió con Savater la pasión por lo fantástico. Se conocieron en el bar de la Universidad de Zorroaga, entre dos clases. Ella se acercó a él y le dijo: “He estado en tu clase ¡y no me ha gustado nada!” Fue una mujer muy interesante, dueña de “un aroma suave, delicioso”. Fue la inspiradora de la Semana de Cine Fantástico y de Terror en San Sebastián. Por sus posiciones políticas antinacionalistas (ella que de joven militó un corto tiempo en ETA) sufrió dos ataques, por lo que llevaba escolta. Su personalidad expansiva intimidaba un poco. “Siempre me conmovió tenerla cerca, verla, escucharla [...] hasta pensar en ella. Pero también me intimidaba bastante”, escribe Savater. Tenía un carácter fuerte, nada diplomático, y era muy orgullosa. Se cimbraba con su gracia espontánea. Los arreglos florales fueron la pasión de su vida. Guapa sin más, morena, de rostro delicado y dientes irregulares. Pasaban juntos muchas horas. “¿Qué bien nos lo pasamos los dos, ¿eh?”, decía Sara. Era tierna, pero de una ternura brusca, sin empalagos.

Con el nacionalismo llegó la xenofobia y con ella la exclusión, el odio y el crimen. Por el pelgro

terrorista, cancelaron el Festival de Cine Fantástico y ya no pudo seguir dando clases, lo que la afectó mucho. Fue reconocida por la intelectualidad progresista, opuesta del todo a la violencia. Le gustaba y practicaba el senderismo. Por lo general sonreía, pero de pronto se abrumaba “en íntimas borrascas de intensidad casi maniaca”. *La peor parte* es más que ninguna otra cosa el testimonio de un amante que ha perdido a su amor, y saca fuerzas de la ausencia de ese amor para contarnos su vida, la vida de Sara, su sonrisa en Cádiz y Venecia, capaz de disfrazarse de pirata en las fiestas para niños, Sara sonriendo al terminar cada página que Fernando le pasaba a revisión, Sara llena de planes y de pasión, feroz e indomable, Sara.

Sara Torres Marrero murió el 18 de marzo de 2015 en San Sebastián.

Fernando Savater escribe este libro sobre la vida de Sara para que el lector “aprecie más la vida, porque ella embelleció al mundo”. “¿Para qué seguir vivo después de que ella se fuera?” Para recordarla, para que su memoria no muera. “Si yo muero, ¿quién celebrará sus gestos perdidos, su voz ya inaudible, su temple de fuego y miel, sus defectos que tanto echo de menos.” Como otros levantan monumentos y palacios de mármol en la India, en memoria de su amor, Fernando Savater hace lo que mejor sabe hacer, que es escribir. Escribir para que la memoria de Sara no se disuelva en el olvido, escribir sobre su muerte y el duelo como una de las formas del amor, es decir, de la libertad.

La peor parte, escribe Savater, no es la de la agonía de nueve meses provocada por un tumor cerebral, la peor parte es escribir este libro porque implicaba recordarla. “La peor parte de mi vida consiste en tener que contar cómo fue lo mejor y

cuánto de maravilloso perdí cuando se fue para siempre.” Un libro fúnebre sin duda pero también de anécdotas de viajes, de lecturas, de lucha, un libro de convivencia, de tardes pasadas en un balcón fuera del tiempo, conversando, leyendo, escribiendo, viendo películas en un pequeño monitor. Un libro sobre la muerte escrito con amor. Un libro sin plano trascendente. El libro de una muerte atea, sin redención, sin paraíso ni infierno, pero tal vez por lo mismo una muerte sin consuelo posible. Sin olvido. A falta de trascendencia (no hay alma que va al más allá), responsabilidad. Fernando Savater revisa en *La peor parte* su papel contra la lucha separatista. Nunca me gustó la política, dice. Al principio muchos simpatizaban con ETA porque había que estar contra el Sistema y el Sistema era Franco. Muerto el dictador, ETA se despojó de su máscara y se reveló como un proyecto totalitario, dogmático y criminal. Fernando y Sara estuvieron siempre en la primera línea en su combate contra la banda terrorista vasca. “El terrorismo, llamado de manera eufemística lucha armada, era algo que condenábamos desde un comienzo sin remilgos.” Durante esos años duros, un amigo de Savater le hizo “el mejor elogio que he recibido nunca: ‘Has sido la persona que más ha hecho contra el nacionalismo separatista en este país’”. Un elogio que Savater entendió que no era para él sino para los dos, por su complicidad en el tema, por su trabajo en mancuerna, ya que Sara “no se limitaba a informarme, sino que me señalaba los temas de los que debía escribir”. Él se encargaba de dar forma a las ideas que ella le proporcionaba. Ese fue uno de los aportes de Sara Torres en una lucha que desangró a España.

Sara Torres fue amiga de las flores. El martirio de su enfermedad duró nueve meses, como una gestación cuyo fruto fue la muerte. Durante sus veladas viendo películas viejas, ella calzaba unas zapatillas con forma de pata de mono. Subía los pies al regazo de Fernando y él se las pellizcaba, las acariciaba, las besaba. Sara y Fernando no fueron “compañeros”, ni esposos, fueron 35 años novios. “¡Qué poco romántico eres, qué bruto”, le decía *Pelo Cobete*, autollamada así porque tuvo un tiempo el pelo punki. Rebelde y radical. Siempre atenta a ayudar a los niños y a los viejos. Fernando y Sara frente al peligro de los ideólogos asesinos. “¡No quiero que te pase nada!”, le decía ella, llorando.

El recuerdo de una vida única. *La peor parte* cuenta la mejor parte. Un libro sobre la muerte se convierte en un tributo de amor. “Da más fuerza saberse amado que saberse fuerte”, escribió Goethe. Sara le dio, y recibió, el mejor amor, el amor correspondido. Sara amante, Sara en la política, Sara cinéfila, Sara profesora, Sara Monstruos, Sara y ETA. Sara y la terrible enfermedad. Sara y el deterioro feroz, como ella misma. Sara y el amor. Sara y la memoria. Sara en el amoroso recuerdo de Fernando Savater. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ
es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.



NOVELA

Una pistola para Penny



Lorenza Mazzetti
¿PUEDE PRESTARME SU PISTOLA, POR FAVOR?
Traducción de Natalia Zarco
Cáceres, Periférica, 2019.
144 pp.

REBECA GARCÍA NIETO

Penny, a quien conocimos en *El cielo se cae* y *Con rabia* (también en Periférica), acaba de matar al padre... “O quizá fue ayer. Tuvo que ser ayer.” Esta frase, a lo Camus, da el pistoletazo de salida a esta novela que, aunque fue escrita en 1969, no ha perdido en absoluto su vigencia. Lorenza Mazzetti retoma aquí algunos de los temas que había tratado anteriormente: la hipocresía de la sociedad burguesa, la asfixiante moral católica, el lugar de la mujer en la Italia de los años sesenta. Pero lo hace desde un registro distinto. Si *Con rabia* tenía la fuerza y visceralidad de un diario adolescente, aquí nos encontramos con una especie de cuento para adultos.

Para liberarse de sus ataduras, Penny emprende un viaje en tren en una línea subterránea que, más que alejarla de la ciudad donde vive, se va adentrando en las profundidades de su cabeza. Pronto se da cuenta de que, por mucho que se cambie de compartimento, sus compañeros de viaje tienen un parecido razonable con su padre, su madre, sus abuelos, antiguos profesores. A medida que la novela avanza, y como ella misma reconoce, se irá metiendo en situaciones cada vez más embrolladas para demostrar, o más bien, demostrarse, que es una “mujer libre”.

Haciendo alarde de ironía, y de perspicacia psicoanalítica, Mazzetti

pone el foco en una serie de frases hechas y se pregunta qué significa exactamente “matar al padre”, “ser una misma” o “ser libre”, y, lo que es más importante, si tales cosas son posibles: “¿Basta con matar al padre para liberarse? ¿O es necesario matar también a la madre y a los abuelos y los tíos, y a los amigos de los tíos y a los vecinos y a la criada y al sirviente y al buey y a la mula y a no sé quién más?” Por supuesto, además de tender a infinito, se trata de una tarea estéril. Como dice Penny: “Los padres muertos continuarán persiguiéndome mucho más de muertos que de vivos.”

Al igual que ocurre en los cuentos, los distintos personajes (el comisario, el cura, el revisor...) son meros arquetipos. Se nos dice que Penny se hace más y más pequeña ante el comisario o el cura, como la Alicia de Lewis Carroll. De hecho, se podría decir que *¿Puede prestarme...?* es un cruce entre *Edipo rey* y *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*: “¡Desvergonzada!, exclama la reina, que es mi madre, viéndome en la cama con el rey, su marido. Y presa de un ataque de furia brama: ¡Decapítadla, decapítadla!” Esta conjunción de compañeros de cama puede parecer extraña, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que algunos años más tarde, en 1976, el psicoanalista Bruno Bettelheim ahondó en esta cuestión en *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*.

A Mazzetti tampoco se le escapa que los cuentos pueden ser un medio privilegiado para transmitir principios morales de generación en generación, y la moral (tanto la del catolicismo tradicional como la de la sociedad de consumo) es el enemigo al que pretende desenmascarar. Para Penny, el catolicismo era básicamente un generador de culpa y la incipiente sociedad de consumo

promovía valores igualmente perjudiciales: “Toda la moral no es más que un comercio, un equilibrio entre oferta y demanda, entre una adulación ilusoria (dar la razón al padre) y un premio (afecto o caramelos), o incluso una confusión entre un malestar físico (castigo) y un bienestar espiritual.” El libro está plagado de afirmaciones de este tipo –segadas o no será algo que tenga que decidir cada lector.

La ideología de la autora se transparenta más en esta novela que en las anteriores (no hay que olvidar que, al igual que Pier Paolo Pasolini, durante años tuvo una columna en *Vie Nuove*, semanario ligado al Partido Comunista Italiano). Sin embargo, este “manualito revolucionario”, como, irónicamente, llama la propia Penny al cuaderno que lleva siempre encima, no es en absoluto un panfleto. Mazzetti no teme mostrar las contradicciones de aquellos que, como ella, quieren romper con todo lo que les han enseñado: Penny se define como atea de día, pero no de noche; dice ser una mujer totalmente emancipada, pero no duda en pedir a las relaciones un poco de amor. Y lo hace tirando de un humor que a veces recuerda al de Renata Adler. Las líneas dedicadas al potencial antibélico del orgasmo –un recurso no suficientemente explotado, al parecer– o la escena en que el señor cura le pregunta la lección, además de divertidas, dan que pensar.

Es cierto que las comparaciones son odiosas, pero también que son inevitables. Es posible que a los lectores les resulte más fácil empatizar con la niña que contaba el asesinato de su familia judía a manos de las SS (*El cielo se cae*), incluso con la adolescente difícil que trataba de sobrevivir a dichas muertes (*Con rabia*), que con la Penny adulta que pretende

“dinamitar esta sociedad de mierda”. Por muy rabiosa que estuviera Penny en su pubertad, su ira contenía, sobre todo, tristeza (al fin y al cabo, estaba pasando un duelo). En esta ocasión sus quebraderos de cabeza no están ligados a una parte tan traumática de su historia personal, más bien guardan relación con su posicionamiento ante la sociedad (especialmente, en lo que respecta a la lucha contra la desigualdad de género y de clases). En ese sentido, lo que propone aquí Mazzetti es más arriesgado. Y si sale airosa es por la elección del tono –más irónico que iracundo– y por la honestidad de su protagonista. Al hacerse mayor, Penny parece haber aprendido que no se puede poner en entredicho todo lo que nos han inculcado nuestros padres sin que los cimientos de nuestra identidad se tambaleen. También, que no es posible mostrar las contradicciones de la sociedad sin destapar a la vez las propias. —

REBECA GARCÍA NIETO es escritora. Su libro más reciente es *Las siete vidas del cangrejo* (Editorial Alegoría, 2016).



ENSAYO Mi padre, Homero y yo



Daniel Mendelsohn
UNA ODISEA
Traducción de Ramón Buenaventura
Barcelona, Seix Barral,
416 pp.

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

La historia que cuenta la *Odisea*, uno de los documentos literarios más viejos e influyentes de la civilización occidental, es de sobra conocida. Aristóteles la resumió así en la *Poética*: “Un hombre ha permanecido lejos de su hogar durante

muchos años; Poseidón no lo pierde de vista ni por un momento; está solo. La situación en su casa es como sigue: los pretendientes malgastan sus bienes y conspiran contra su hijo.” Ese hombre es Ulises y su hijo, Telémaco, es al principio del poema apenas un niño, a quien la situación y su propio viaje personal endurecen. Pero tal vez no lo suficiente como para ser el guardián de su hogar y proteger a su madre, Penélope, de unos pretendientes que, como dice Aristóteles, agotan las riquezas de la casa con su glotonería y ociosidad. Mientras tanto, Ulises intenta volver a casa. Pero se encuentra con innumerables obstáculos; mueren los hombres que le acompañan de regreso tras asolar Troya, y en el camino se mezclan su ansia de volver al lado de Penélope con una cierta predisposición a las aventuras, no solo marinas y bélicas, sino también románticas. La guerra duró diez años. El viaje de vuelta durará otros diez. Al final, dice Aristóteles, “Tras un proceloso viaje, vuelve a casa, se presenta, destruye a sus enemigos y se salva.”

Eso es más o menos lo que Daniel Mendelsohn, un profesor de clásicas del Bard College de Nueva York, que además ha escrito mucho y muy bien en la revista *The New Yorker*, debía explicar a sus alumnos de diecisiete y dieciocho años en un seminario dedicado a la *Odisea*. Pero surgió algo inesperado que acabaría dando lugar a este libro memorable, brillante y de una extraordinaria riqueza: su padre, un viejo y áspero matemático e ingeniero de 81 años, con el que Mendelsohn siempre había tenido una relación ambivalente, le pregunta si puede sumarse al seminario. Su hijo le dice que sí. Durante las siguientes dieciséis semanas, transcurridas en el invierno y la primavera de 2011,

Jay Mendelsohn asistió a las clases de su hijo y demostró no solo su escepticismo ante las enseñanzas de Daniel sino ante el mérito del propio Ulises: ¿cómo iba a ser ese hombre un héroe? “¡Es un embustero y ha engañado a su mujer!”, dice Jay, en una de tantas intervenciones que dejan perplejos al resto de los estudiantes.

A partir de ahí el libro se desarrolla con una impresionante fluidez y habilidad: no solo reconstruye la *Odisea*, sus giros argumentales y mensajes morales, sino que entrecruza ese relato con el de las clases y la relación, pasada y presente, de Daniel con su padre. Si Daniel es un urbanita culto, sofisticado, gay y con intereses artísticos y literarios, Jay es un científico que tiene acento del Bronx, no quiere saber nada de ambigüedades morales y no está interesado en ninguna clase de refinamiento. Si Daniel vive entre tres casas —una en el campus rural de la universidad, otra en Nueva Jersey donde viven sus hijos y la madre de estos, y otra en el centro de Nueva York—, “mi padre vivió durante casi toda su vida en una sola casa, a la que se mudó un mes antes de que yo naciera”. Como esa casa está lejos de la universidad y Jay no quiere hacer el viaje de ida y vuelta en un mismo día, pasa la noche anterior a las clases en casa de Daniel.

Y así se va desarrollando su relación, una relación que vuelve al pasado constantemente, en la que van aflorando secretos familiares, en la que padre e hijo intentan comprender sus numerosas diferencias. Un proceso cuyo trasfondo son la relación entre Ulises y Telémaco, el papel del heroísmo en la vida, la fidelidad debida a la esposa, el respeto del hijo al padre y del ejemplo que este debe inculcarle o, simplemente, el contraste del paisaje mediterráneo con la crudeza del invierno neoyorquino.

La relación entre ambos se describe de manera fascinante y cambiante. Sobre todo a medida que Daniel va descubriendo aspectos de su padre que le permiten comprender retrospectivamente las frustraciones de Jay y su relación pasada. Y se vuelve aún más profunda cuando Daniel le propone que, inmediatamente después del seminario universitario, viajen juntos a las islas que fueron el escenario de la *Odisea*, en un crucero en el que profesores e investigadores explicarán el libro en los lugares donde supuestamente tuvieron lugar sus aventuras (una clase de viaje que es habitual en Estados Unidos). Daniel sabe desde el principio que puede ser muy mala idea; en teoría, Jay detesta esa clase de actividades, a pesar de la importancia que concede a todo

lo que tenga que ver con aprender y educarse. Pero durante el cruce-ro aparece otro Jay distinto, más profundo; incluso, para sorpresa de Daniel, seductor. Ulises llegó finalmente a Ítaca. El crucero de Daniel y Jay por el Mediterráneo nunca llegó a Ítaca por problemas de navegación. “Muchas veces bromeábamos papá y yo” sobre el viaje juntos; en cierto sentido, “podíamos considerar[lo] incompleto, porque no habíamos llegado al final”.

Pero como cuenta Daniel muy al principio del libro, aunque no por ello el desarrollo final resulta menos conmovedor, ese viaje acaba tan solo un año después de que empezaran su aventura homérica, cuando un acontecimiento nimio acaba en la muerte de Jay, de la misma manera, dice Mendelsohn, que la huida de Paris con Elena desencadenó toda clase de tragedias. Mezcla de memorias, de reinterpretación de una obra clásica, de novela familiar y de reconocimiento tardío entre un padre y un hijo (lo que Aristóteles llamó “anagnórisis”: el paso de la ignorancia al conocimiento), *Una Odisea* es un libro excepcional, una obra de arte extraña y memorable. —

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ es ensayista. En 2018 publicó *1968. El nacimiento de un mundo nuevo* (Debate). Es columnista de *El Confidencial*.

LETRAS LIBRES

La conversación ahora
continúa en los móviles.

